

Reseña.

Grimson, Alejandro; Ferraudi Curti,
M. Cecilia; Segura, Ramiro (comps.)
*La vida política en los barrios populares
de Buenos Aires*. Prometeo Libros, Buenos Aires,
2009, 316 págs.

Lic. Fernanda Torres
(UNLP)

Pensar la política y pensarla desde una perspectiva espacial es, sin duda, uno de los desafíos que el debate académico debe afrontar. La obra colectiva *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* compila investigaciones sobre diferentes sujetos y actores sociales, todos ellos presentados como sujetos y actores territorializados. El territorio refiere, en esta obra, a un tipo particular de lugar (Agnew, 1987) histórica y socialmente determinado, como es el *barrio*, específicamente los barrios populares del área metropolitana de Buenos Aires. Y estas aclaraciones no son menores, puesto que la importancia y la caracterización de estos barrios populares bonaerenses a la hora de analizar las acciones políticas y las formas de significación de sujetos sociales no puede hacerse extensiva a contextos diferentes, sobre todo del interior del país, en los que la categoría “barrio” posee características y significaciones diferentes y la territorialidad, en tanto dimensión ineludible del análisis social, asume otras formas.

En la introducción al libro, Grimson refiere cómo se define la categoría barrial a lo largo de la obra, “(...) el barrio como especificación de fronteras socioespaciales urbanas es en Buenos Aires una categoría constitutiva de las formas de percepción, significación y acción” (Grimson, 14). Esta característica constitutiva del espacio barrial es, entonces, central a lo largo de los trabajos incluidos en la compilación.

La perspectiva etnográfica es el camino metodológico y epistemológico elegido por todos los autores y se demuestra como un recorrido que (lejos de acotarse a la “mera” descripción microsocia como habitualmente se sostiene) descubre, interpreta y explica procesos sociales complejos y permite abrir interrogantes teóricos genéricos sobre sujetos sociales estudiados en sus contextos de interacción particular, tomando en cuenta los sentidos y significados que dan los mismos participantes a sus acciones y prácticas.

Considero que un par de interrogantes ayudan a recorrer el contenido del libro como una obra con coherencia y acercamientos complementarios entre sí para abordar los temas que reaparecen bajo diversas problemáticas y objetos de estudio.

I. ¿Cómo pensar el espacio? Inevitablemente aparece el recurso a metáforas que hacen inteligibles las relaciones consideradas espacialmente, los pares conceptuales como adentro-afuera, arriba-abajo, delante-atrás resaltan como formas de nominar y nominarse en un contexto territorializado. Y esto, tal como demuestran teóricos como Simmel (1939) retomado una y otra vez por los autores reseñados, no responde a una lógica espacial, sino que los espacios son definidos sociológicamente, es decir, son las relaciones sociales y no los límites o marcaciones físicas las que permite entender los contenidos de estas metáforas.

II. ¿Cuál es el rol del conflicto? Pensar las relaciones políticas nos introduce en el tema del poder, y es interesante comprobar cómo a través de una perspectiva teórico-metodológica singular –la etnografía– el poder es reintroducido y reinterpretado a la luz del análisis de prácticas, discursos, símbolos de la vida cotidiana de estos sectores sociales populares, subalternos y territorializados: piqueteros, hinchas de fútbol, vecinos. Los ejes metafóricos señalados anteriormente aparecen como ejes oposicionales, que repercuten en relaciones políticas desiguales y cambiantes. Nuevamente retomamos a Grimson, quien sostiene que, “particularmente en los sectores populares (...), la actividad política tiene en las relaciones estructuradas por la vecindad y el barrio un momento fundamental” (Grimson: 14).

Casi todos los artículos demuestran que, a partir de transitar situaciones de crisis económica y social, los límites, las fronteras barriales de Buenos Aires se solidificaron. La metáfora “salir del barrio” tan utilizada en varios de los artículos cobra sentido en este contexto, la salida no es una opción natural sino que es enfatizada como problemática. Es por demás interesante la

discusión acerca de si esto puede ser entendido en términos de guetización y cómo este proceso ayudó a la activación política y a la movilización popular en los barrios sobre las demandas de tierra, vivienda y empleo.

En este sentido, cobra importancia el debate acerca de la territorialización de la política, como proceso que tiene lugar a partir de la crisis de las formas de organización ligadas con el mundo del trabajo y la presencia focalizante y local del Estado durante el neoliberalismo. Diversos artículos se proponen desacralizar la figura del piquetero, como nuevo sujeto político apartado y absolutamente diferente de formas tradicionales de ejercer y desarrollar la política.

El trabajo de Segura se propone, a través del estudio de caso de la experiencia social de habitantes de un barrio segregado del gran Buenos Aires, caracterizar, por un lado, los modos de simbolizar el espacio barrial y, por otro, reconstruir la red de relaciones en las que los vecinos se hallan insertos. Desde una perspectiva no esencialista del espacio (es decir, sin pretender que el territorio actúe como determinante unilateral de las relaciones sociales), describe cómo quienes habitan el “adentro” deben “salir” (o también “subir”) para buscar los recursos necesarios para sobrevivir y cómo estas metáforas se naturalizan y remiten a categorías sociales ordenadoras de las relaciones sociales. ¿Cuándo y por qué se atraviesan las fronteras? Ésta parece ser la pregunta fundamental del trabajo, y si bien al comienzo del artículo se menciona el interés por las prácticas políticas en el barrio, la respuesta a dicha pregunta aparece fuertemente relacionada con la sobrevivencia.

Canevaro y Lapegna, por su parte, nos hablan también de las categorías de clasificación que intervienen específicamente en la vida organizacional de Isla Maciel. También en esta investigación aparece la clasificación adentro-afuera, y los autores analizan las agencias que interactúan con el barrio “desde fuera”, las formas colectivas a través de las cuales los habitantes del barrio “salen afuera” y los obstáculos y conflictos que estos movimientos implican: procesos de segregación-discriminación, de violencia, de estigmatización y procesos políticos que permiten a los autores preguntarse por la ausencia de movimientos piqueteros en una zona donde las tasas de desocupación son elevadas y las “condiciones sociales” son similares a muchos otros barrios donde se han desarrollado organizaciones de desocupados. Responden este interrogante, en primer lugar, por la presencia de un “puntero” que, en tanto “mediador” entre ese “adentro y “afuera” de la Isla facilitando recursos, fue quien impidió el surgimiento de piqueteros por temer perder “el control” del barrio, es decir su

control territorial de la política. En segundo lugar, señalan el dato de que los referentes piqueteros que quisieron organizar un movimiento de protesta en la Isla eran “de afuera” y, por esto, no tenían “legitimidad” para actuar en la Isla.

El trabajo de Diez encara el análisis de lo que la autora denomina, retomando a Turner (1974), *drama social*, una situación dilemática acaecida sobre diversas personas que habitan en un barrio popular de Buenos Aires, a partir del proceso legal sobre un joven del barrio acusado de asesinar a una vecina del mismo. Diez analiza cómo los criterios morales locales iluminan y permiten comprender reconocimientos, oposiciones y desconocimientos entre actores sociales en interacción territorial, es decir, analiza la “ética barrial”.

Bonaldi y Del Cueto nos ofrecen un interesante relato sobre la conformación de dos barrios del partido de Moreno, contiguos entre sí y que se hallan enfrentados y enemistados. Analizan cómo las relaciones de conflicto tienden a reforzar el sentido de pertenencia al barrio. Contradiendo acercamientos superficiales que pretenden que el recorrido “natural” de los barrios populares ha sido el paulatino empeoramiento de sus condiciones, los autores señalan que la historia de origen de los barrios a partir de asentamientos marca un paulatino progreso y mejoramiento de las condiciones y servicios con los que estos barrios cuentan. En este sentido, sugerentemente señalan, aunque no lo desarrollan completamente, la importancia de distinguir las múltiples temporalidades: la personal, la organizacional, la barrial, la nacional. Vuelven a aparecer las referencias adentro-afuera pero en este caso relativizadas ante las referencias que se tomen: el “afuera” puede ir cambiando en función de poder reforzar determinadas características de lo propio, el “afuera” puede ser la Capital Federal pero también, en ciertos casos, puede ser el “otro” barrio que comienza a unas pocas cuadras. Los autores señalan que el tejido social comunitario moldea la forma e intensidad de la violencia física e influye en la división entre los dos barrios. Y demuestran claramente las diferencias y divisiones que surgen con base en el territorio como señal de la fragmentación social.

En el artículo titulado “La Quema”, Zucal analiza cómo las pertenencias territoriales, las marcaciones y el control sobre los territorios actúan como elementos clave para comprender la actividad de las barras bravas, recategorizadas como hinchadas por el autor para evitar connotaciones peyorativas. Se concentra en el análisis de la hinchada de Huracán y su particular y estrecha

vinculación con un barrio: Parque de los Patricios. Zucal analiza cómo el barrio es caracterizado a través del “imaginario territorial” de los simpatizantes de Huracán, como un barrio “aguantador” (“de guapos y compraditos”) y sus vecinos son aguantadores (remitiendo al plano de la violencia física) por oposición al barrio de origen y los simpatizantes del club rival, San Lorenzo. El “aguante” es analizado, entonces, como una significativa señal identitaria que se construye también, aunque no únicamente, a través de la dimensión territorial.

Ferraudi Curto presenta un acercamiento etnográfico sobre una organización piquetera: el MTR (Movimiento Teresa Rodríguez), basándose en la categoría lugar-evento estudia el cabildo como una forma distintiva del MTR (diferente a la asamblea) y como un horizonte-proyecto que define a la organización. En el análisis de la autora, las barreras adentro-afuera son organizacionales y no tanto territoriales y otorga importancia a la dimensión social de las prácticas a la hora de analizar su politicidad, sobre todo atendiendo a los actores de “base” del movimiento, diferenciándolos de la voz de los dirigentes y discutiendo con perspectivas dicotómicas de análisis.

El artículo de Varela, “Imágenes de un mundo obrero” introduce la pregunta acerca de la relación fábrica-barrio, la pregunta acerca de si se “hace” política en barrios de obreros industriales y cómo se hace. Analiza el barrio FATE en el partido de San Fernando y comprueba que a nivel territorial el barrio aparece como *despolitizado*. Sin embargo, al analizar una experiencia de lucha sindical abierta al interior de la fábrica en 2007, comprueba un proceso de *repolitización* a partir de delegados y militantes sindicales “de base”, enfrentados a la “patronal” y a la “burocracia sindical”. Pero este conflicto no politizó el barrio; la autora, a pesar de postular la inviabilidad de separar los ámbitos laborales y territoriales como absolutamente separados, en el caso estudiado comprueba que la frontera que separa el barrio de la fábrica se mantuvo en términos de politización.

Shammah estudia un basural ubicado en un barrio popular, como fuente de recursos y por ende de disputa y conflicto entre diferentes actores del lugar: cirujas, empresas volqueteras, organizaciones sociales. La autora describe el basural como centro de articulación de la vida barrial y la acción colectiva, atravesado por estigmas y procesos de identificación común. El basural produce grupos que, a partir de la necesidad y los beneficios que pueden obtener del mismo, lo defienden y valoran en forma positiva. Pero,

asimismo, produce el rechazo de determinados sectores organizados que denuncian la situación de segregación ambiental y territorial en la que viven y logran cerrar el basural a través de su movilización. De acuerdo con el análisis de la autora, estos sectores presentan una “resistencia territorial” que contiene un componente de clase y evidencia la desigualdad social.

El artículo de Grimson presenta una interesante propuesta de indagación, preguntándose por las relaciones entre clase y etnicidad en los barrios populares. Específicamente se interroga acerca de si la coyuntura del 2001 permite pensar la apertura de un nuevo sistema de equivalencias (Laclau, 1996). Destaco, entonces, el lugar que el autor le brinda a la necesidad de reinstalar el debate teórico en torno de la categoría clase social en su relevancia como “identificación” y como “cultura de clase” (en el sentido de experiencias y prácticas compartidas). Grimson analiza la relación entre etnicidad y prácticas políticas en una villa miseria de Buenos Aires a través de la articulación y tensión de discursos y prácticas de grupos bolivianos y paraguayos y organizaciones piqueteras, pensando en clave de culturas e identificaciones de clase pero atravesadas por la dimensión étnica. De acuerdo con el autor, la demanda de empleo post 2001 subordina las demás demandas, pero no ingresa en la cadena de equivalencias con la demanda de documentos, de legalización de inmigrantes que son demandas que permanecen diferenciadas de acuerdo con las organizaciones definidas, en el caso analizado, por la dimensión étnica y la dimensión clasista en particular tensión: las organizaciones piqueteras demandan trabajo pero no documentos o legalización de los inmigrantes bolivianos; estas últimas siguen quedando a cargo de las organizaciones de inmigrantes que a su vez tampoco asumen la demanda de empleo. A lo sumo puede comprobarse un trasvasamiento de personas inmigrantes que al quedar desempleados ingresan en los movimientos piqueteros, aun bajo el signo de la exclusión que sienten ante la iconografía y la apelación simbólica a la nación argentina como recurso de legitimación de los piqueteros.

Frederic propone atender al análisis de movimientos sociales –piqueteros y partidos políticos peronistas– como dos grupos que, contrariamente a lo usualmente señalado no responden a lógicas totalmente diferentes, sino que, por el contrario, ambas son expresiones posibles que retoman los lazos barriales como primordiales en su constitución. El análisis de la autora está atravesado por el desafío de abandonar la separación entre “lo social” y “lo político” como esferas autónomas y separadas para entenderlos como dos

momentos de ciertas formas de acción colectiva. Tanto los piqueteros como los vecinos peronistas realizan trabajo barrial y son reconocidos como militantes sociales por el Estado; de él reciben mercancías e identidades públicamente reconocidas y a través de este reconocimiento consiguen la inscripción del barrio en el Estado. Sin embargo, la autora señala las diferencias entre ambos grupos: mientras los piqueteros esgrimen la desigualdad y el desplazamiento, la categoría de “vecindad” refiere a individuos iguales, partes de una comunidad.

Por último, Manzano desarrolla la formación y funcionamiento de grupos barriales y su relación con líderes barriales al interior de la FTV en dos barrios de La Matanza. En gran medida, el vínculo entre los referentes con la organización y de éstos con “sus” grupos está mediado por la gestión, control y organización de los planes de empleo transitorio. Basándose en la categoría de *transacción*, entendida como interacción que permite comprender cómo los sujetos toman opciones y deciden adhesiones, la autora interpreta que los programas de ocupación transitoria definieron las relaciones entre referentes barriales, habitantes de los barrios y Estado, comprobando que, lejos de la idea de ausencia del Estado, se comprueba una fuerte presencia del mismo en la definición de los vínculos políticos y cotidianos en los barrios populares receptores de los planes.

Sin duda, la presente compilación presenta seductoras propuestas y miradas sobre los diversos temas y sujetos anteriormente reseñados, pero sobre todo permite comenzar a interrogarnos acerca de un tipo de formulación de preguntas y una nueva manera de entender los procesos políticos reales, locales, espaciales, que permiten repensar modalidades de la política más “formales” y referidas a instituciones de la democracia liberal. Lejos de esta visión, la pregunta acerca de cómo la política se vive y se practica en los márgenes, no sólo replica metafóricamente la espacialidad de la misma, sino que nos permite repensar la democracia no sólo como sistema de gobierno sino como práctica política concreta, interrogándonos acerca de sus posibilidades para conjurar la exclusión, la segregación, la *marginalidad*.

Referencias

AGNEW, JOHN (1987), *Place and politics: the geographical mediation of state and society*, Boston, Allen & Unwin.

LACLAU, ERNESTO (1996), *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel.

SIMMEL, GEORG (1939), “El espacio y la sociedad”, en *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Buenos Aires, Espasa-Calpe.

TURNER, VÍCTOR (1974), *Dramas, Fields and methapors*, Editorial Ithaca, Cornell University Press.